

# Carta abierta al mundo musulmán\*

## Open letter to Muslim world

*Abdenmour Bidar\*\**

*Teresa Gutiérrez Chávez\*\*\**

*Leticia Orcés Pareja\*\*\*\**

El 21 de septiembre de 2014, el turista francés Hervé Gourdel fue secuestrado en Argelia por Jund al-Khilafa (Soldados del Califato), un grupo vinculado al Estado Islámico. Tres días más tarde, el 24 de septiembre, la propia organización difundió un vídeo en Internet, bajo el título “Mensaje de sangre para el Gobierno francés”, en el que se veía la decapitación del rehén. A raíz de esos acontecimientos, el filósofo Abdenmour Bidar escribió, el 29 de septiembre, una carta abierta al mundo musulmán, la misma que volvió a circular en las redes tras el atentado terrorista perpetrado en París el miércoles 7 de enero contra el semanario satírico francés *Charlie Hebdo*.

\* Carta tomada de la página Marianne: [http://www.marianne.net/Lettre-ouverte-au-monde-musulman\\_a241765.html](http://www.marianne.net/Lettre-ouverte-au-monde-musulman_a241765.html).

\*\* Filósofo especialista en evoluciones contemporáneas del islam y en teorías de la secularización y postsecularización.

\*\*\* Directora del Departamento de Lenguas Extranjeras de la Universidad de las Artes (Guayaquil) y profesora de Morfosintaxis. Doctora en Lengua Española por la Universidad François Rabelais (Tours). Obtuvo un D.E.A. (Diploma de Estudios Avanzados) en Ciencias del Lenguaje, en el Instituto de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Autora de un método de aprendizaje del español para extranjeros. [tgutierrez@uartes.edu.ec](mailto:tgutierrez@uartes.edu.ec).

\*\*\*\* Vicecanciller de la Universidad Casa Grande (Guayaquil) y profesora de Política Comparada. Realizó estudios de Ciencias Políticas en el Instituto de Ciencias Políticas de París y obtuvo un D.E.A (Diploma de Estudios Avanzados) en Estudios de Sociedades Latinoamericanas, en la Universidad de París III. Asimismo, tiene una Maestría en Educación Superior. [lorces@casagrande.edu.ec](mailto:lorces@casagrande.edu.ec).

Querido mundo musulmán, soy uno de tus hijos alejados que te mira desde afuera y de lejos, desde este país, Francia, donde viven hoy tantos de tus hijos. Te miro con mis ojos severos de filósofo, nutrido desde su infancia por el *tacawwuf* (sufismo) y el pensamiento occidental. Te miro entonces desde mi posición de *barzaj*, istmo entre los dos mares de Oriente y Occidente.

¿Y qué es lo que veo? ¿Qué es lo que veo mejor que otros, precisamente porque lo hago desde lejos, con la perspectiva que da la distancia? ¡Te veo en un estado de miseria y sufrimiento que me produce una infinita tristeza, pero que vuelve mucho más severo mi juicio de filósofo! Te veo procreando un monstruo que pretende llamarse “Estado Islámico”, y al que algunos prefieren darle el nombre de un demonio: DAESH. Lo peor de todo es que te veo perderte –perder tu tiempo y tu honor– en tu negativa a reconocer que ese monstruo ha nacido de ti, de tus caminos erráticos, de tus contradicciones, de tu ser dividido entre pasado y presente, de tu prolongada incapacidad para encontrar tu sitio en la civilización humana.

¿Qué dices frente a ese monstruo? ¿Cuál es tú único discurso? Gritas: “¡No soy yo!”, “¡No es el islam!”. Te niegas a que los crímenes de este monstruo se cometan en tu nombre (hashtag #NotInMyName). Te indigna tal monstruosidad, te subleva que el monstruo usurpe tu identidad, y, por supuesto, tienes razón. Es indispensable que proclames ante el mundo, alto y fuerte, que el islam condena la barbarie. ¡Pero eso no basta! Puesto que *te refugias en el reflejo de la autodefensa sin asumir al mismo tiempo, y sobre todo, la responsabilidad de la autocrítica*. ¡Te contentas con indignarte cuando este momento histórico hubiera podido ser una excelente oportunidad para cuestionarte! Y, como siempre, acusas en lugar de aceptar tu propia responsabilidad: “¡Ustedes occidentales y todos los enemigos del islam, dejen de asociarnos con ese monstruo! ¡El terrorismo no es el islam, no es el verdadero islam, el buen islam no significa guerra sino paz!”.

Escucho ese grito de rebeldía que sube de ti, mi querido mundo musulmán, y lo comprendo. Sí, tienes razón, el islam, como todas las otras grandes inspiraciones sagradas del mundo, ha creado a lo largo de su historia la Belleza, la Justicia, el Sentido, el Bien, y ha sido una fuente de luz que ha guiado al ser humano por el camino del misterio de la existencia... ¡Yo lucho aquí en Occidente, en cada uno de mis libros, por que esa sabiduría del islam y de todas las religiones no se olvide ni menosprecie! Sin embargo, desde mi lejana posición, veo algo que tú no ves o no quieres ver... y eso me inspira una pregunta, la gran pregunta: ¿por qué ese monstruo te ha robado el rostro? ¿Por qué ese monstruo innoble ha *escogido tu rostro y no otro*? ¿Por qué ha tomado la máscara del islam y no otra? La verdad es que detrás de ese monstruo se esconde un inmenso problema, uno que, al parecer, no estás preparado para enfrentar. Sin embargo, tendrás que hacerlo, tendrás que reunir el coraje necesario.

Ese problema es el de las *raíces del mal*. ¿Dónde se originan los crímenes del llamado “Estado Islámico”? Te lo voy a decir, amigo mío. No te va a gustar, pero es mi deber de filósofo decírtelo: Las raíces de ese mal que te roba hoy el rostro están en *ti mismo*, el monstruo salió de tu propio vientre, el cáncer está en tu propio cuerpo. ¡Y de tu vientre enfermo surgirán muchos otros monstruos –peores todavía–, mientras sigas negándote a encarar esa verdad, tardes en admitirla y en atacar la raíz del mal!

Hasta los intelectuales occidentales tienen dificultad en verlo. La mayoría ha olvidado a tal punto la fuerza de la religión –en el bien y en el mal, sobre la vida y sobre la muerte–, que me dicen: “No, el problema del mundo musulmán no es el islam, ni la religión, sino la política, la historia, la economía, etc.”. ¡Viven en sociedades tan secularizadas que ya no recuerdan para nada que la religión puede ser el corazón del reactor de una civilización humana! ¡Y que el futuro de la humanidad dependerá no solo de la resolución de la crisis financiera y económica, sino, esencialmente, de la resolución de la crisis espiritual

sin precedentes que atraviesa nuestra humanidad! ¿Seremos capaces de unirnos, a escala planetaria, para afrontar ese desafío fundamental? La naturaleza espiritual del ser humano tiene horror al vacío, y si no encuentra nada nuevo con que llenarlo, lo hará mañana con religiones cada vez menos adaptadas al presente, y que, como el islam hoy, se pondrán a engendrar monstruos.

Veo en ti, ioh, mundo musulmán!, grandes fuerzas dispuestas a levantarse para contribuir a ese esfuerzo mundial por encontrar *una vida espiritual para el siglo XXI*. Hay en ti, a pesar de la gravedad de tu enfermedad, a pesar de la amplitud de las sombras de oscurantismo que quieren cubrirte por completo, una multitud extraordinaria de mujeres y de hombres listos para *reformar el islam*, reinventar su genio más allá de sus formas históricas y participar así en la total renovación de la relación que la humanidad ha mantenido hasta ahora con sus dioses. ¡Es a todos ellos, musulmanes y no musulmanes que sueñan juntos con la revolución espiritual, a quienes me dirijo en mis escritos! ¡Para darles, con mis palabras de filósofo, confianza en lo que vislumbra su esperanza!

Hay en la *Umma* (comunidad musulmana) mujeres y hombres progresistas que llevan dentro de sí una visión de lo que será el futuro espiritual del ser humano. Son pocos todavía, y su palabra no es bastante poderosa. Todos ellos, a quienes felicito por su lucidez y valentía, han percibido claramente que es el estado general de enfermedad profunda del mundo musulmán lo que explica el nacimiento de monstruos terroristas llamados Al Qaeda, Al-Nostra, AQMI o “Estado Islámico”. Han comprendido que estos no son otra cosa que los síntomas más graves y visibles de un inmenso cuerpo enfermo, que adolece de los siguientes males crónicos: incapacidad para construir democracias estables que reconozcan la libertad de conciencia frente a los dogmas de la religión como un derecho moral y político; encarcelamiento moral y social dentro de una religión dogmática, anquilosada y, a veces, totalitaria; dificultades crónicas para mejorar la condición de las

mujeres en lo referente a la igualdad, la responsabilidad y la libertad; impotencia para separar suficientemente el poder político del control de la autoridad religiosa; incapacidad para instaurar un respeto, una tolerancia y un verdadero reconocimiento del pluralismo religioso y las minorías religiosas.

¿Será todo esto culpa de Occidente? ¿Cuánto tiempo precioso, años cruciales, vas a seguir perdiendo, ¡oh, querido mundo musulmán!, con esa acusación estúpida en la que tú mismo ya no crees, y detrás de la que te escondes para continuar mintiéndote? ¡Si te critico tan duramente, no es porque soy un filósofo “occidental”, sino porque soy uno de tus hijos conscientes de todo lo que has perdido de tu grandeza pasada, desde hace ya tanto tiempo que se ha convertido en mito!

Ha llegado la hora de que reconozcas que, desde el siglo XVIII en particular, has sido incapaz de responder al desafío de Occidente. Bien porque te has refugiado de una manera infantil y mortífera en el pasado, con una regresión intolerante y oscurantista del wahabismo, que continúa haciendo estragos por todas partes dentro de tus fronteras —¡un wahabismo que propagas desde tus lugares santos de Arabia Saudita cual un cáncer que se ramificara desde tu propio corazón!—; o bien porque has seguido lo peor de Occidente, produciendo nacionalismos y un modernismo que es una caricatura de la modernidad. Me refiero a ese frenesí consumista o a ese desarrollo tecnológico sin coherencia con el arcaísmo religioso, que hace de tus riquísimas “élites” del Golfo víctimas complacientes con la enfermedad ahora mundial del culto al dios dinero.

¿Qué hay de admirable en ti, amigo mío? ¿Qué queda en ti digno de suscitar el respeto y la admiración de otros pueblos y civilizaciones de la Tierra? ¿Dónde están tus sabios? ¿Tienes todavía alguna sabiduría que proponer al mundo? ¿Dónde están tus grandes hombres? ¿Quiénes son tus Mandela, quiénes tus Gandhi, quiénes tus Aung San Suu Kyi? ¿Dónde están tus grandes pensadores, tus intelectuales, cuyos libros deberían leerse en el mundo entero, como en la época en que

los matemáticos y los filósofos árabes o persas eran referentes desde India hasta España? En realidad, te has vuelto tan débil, tan impotente tras la fachada de seguridad que ostentas ante los demás...Ya no sabes quién eres ni adónde quieres ir y eso te ha vuelto tan desdichado como agresivo. Te obstinas en no escuchar a quienes te invitan a cambiar, liberándote al fin del control sobre tu vida que has otorgado a la religión.

Has decidido considerar a Mohammed como profeta y rey. Has decidido declarar el islam una religión política, social, moral, que debe reinar tiránicamente sobre el Estado y la vida civil, tanto en la calle y en los hogares como al interior de cada conciencia. Has decidido creer e imponer que el islam exige *sumisión*, si bien el Corán proclama que “la religión no coacciona a nadie” (*La ikraha fi Dîn*). ¡Has hecho de su llamado a la libertad, el imperio de la coacción! ¿Cómo puede una civilización traicionar así su propio texto sagrado? ¡Yo digo que ha llegado el momento de instaurar, en la civilización islámica, esa libertad espiritual –la más sublime y difícil de todas–, en lugar de las leyes inventadas por generaciones de teólogos!

Numerosas voces que rehúsan escuchar se elevan hoy en la *Umma* para rebelarse contra ese escándalo, para denunciar ese tabú de una religión autoritaria e incuestionable de la que se sirven sus autoridades para perpetuar indefinidamente su dominación... Hasta el punto de que muchos de sus creyentes han interiorizado una cultura de la sumisión a la tradición y a los “maestros de la religión” (imanes, muftíes, jeques, etc.), que no entienden cuando se les habla de libertad espiritual ni admiten que se ose abordar el tema de la elección personal en cuanto a los “pilares” del islam. ¡Todo eso constituye para ellos “una línea roja”, algo tan sagrado que no se atreven a darle a su propia conciencia el derecho de ponerlo en tela de juicio!

¡Hay tantas familias, tantas sociedades musulmanes, en las que esa confusión entre espiritualidad y servidumbre está clavada en su mente desde muy temprana edad, y en las que la educación espiritual es de tal pobreza que todo lo relacionado de cerca o de lejos con la religión

no se presta a discusión! Evidentemente que eso no lo ha impuesto el terrorismo de algunos locos o grupos de fanáticos reclutados por el Estado Islámico.

¡No, el problema es mucho más profundo y muchísimo más amplio! ¿Pero quién lo verá y hablará de él? ¿Quién quiere escucharlo? ¡El mundo musulmán lo ha silenciado, y en los medios occidentales solo se escucha a esos expertos en terrorismo que agravan día a día la miopía general! ¡No te engañes, amigo mío, creyendo y haciendo creer a los demás que, cuando terminemos con el terrorismo islamista, el islam habrá resuelto sus problemas! Pues todo lo dicho anteriormente –una religión tiránica, dogmática, literal, formalista, machista, conservadora, regresiva– es con frecuencia el islam ordinario, el islam cotidiano, que sufre y causa sufrimiento a demasiadas conciencias, el islam de la tradición y del pasado, el islam distorsionado por todos aquellos que lo instrumentalizan políticamente, el islam que siempre termina por silenciar las primaveras árabes y la voz de la juventud que exige otra cosa. ¿Cuándo, por fin, llevarás a cabo tu verdadera revolución? ¡Esa revolución que logrará que religión y libertad rimen definitivamente en la sociedad y en las conciencias, esa revolución irreversible que reconocerá que la religión se ha convertido en un fenómeno social como cualquier otro en el mundo entero, y que sus derechos exorbitantes ya no tienen ninguna legitimidad!

Seguramente, en tu inmenso territorio, existen islotes de libertad espiritual: familias que transmiten un islam de tolerancia, de libre elección, de profundidad espiritual; medios sociales donde la jaula de la prisión religiosa se ha abierto o entreabierto; lugares donde el islam da lo mejor de sí mismo, es decir, una cultura del compartir, del honor, que aspira al conocimiento, y una espiritualidad en busca de ese lugar sagrado donde el ser humano y la realidad última que llamamos Alá se juntan. Hay en tierra del islam y en todas las comunidades musulmanas del mundo conciencias fuertes y libres condenadas a vivir una libertad sin garantía, sin el goce de un auténtico derecho, enfrentando el peligro

del control comunitario o incluso a veces de la policía religiosa. Nunca, hasta ahora, el “islam oficial” de los dignatarios te ha acordado el derecho a decir “Yo escojo mi islam”, “Tengo mi propia relación con el islam”. Estos, por el contrario, se empeñan en imponer que “La doctrina del islam es única” y que “La obediencia a los pilares del islam es el único camino recto” (*sirâtu-l-mustaqîm*).

Esa denegación del derecho a la libertad con respecto a la religión es una de las raíces del mal que sufres, ¡oh, mi querido mundo musulmán!, uno de esos vientres oscuros donde se gestan los monstruos que haces saltar desde hace algunos años ante el rostro aterrorizado del mundo entero. Porque esa religión de hierro impone a tu sociedad una violencia insostenible. Ella sigue encerrando a muchas de tus hijas y a todos tus hijos en la jaula de un Bien y de un Mal, de lo lícito (*halâl*) y lo ilícito (*harâm*), que nadie ha elegido pero que todos padecen. Ella encarcela las voluntades, condiciona la mente, impide u obstaculiza cualquier opción personal de vida. ¡Muchos de tus países todavía asocian religión y violencia –contra las mujeres, contra los “malos creyentes”, contra las minorías cristianas u otras, contra los pensadores y los espíritus libres, contra los rebeldes– de forma tal que ambas acaban fundiéndose, entre los más desequilibrados y frágiles de tus hijos, en la monstruosidad de la *yihad*!

¡Entonces, no te sorprendas, no finjas sorprenderte, te lo suplico, de que demonios como el llamado “Estado Islámico” te hayan robado el rostro! ¡Porque los monstruos y los demonios solo roban los rostros que ya están desfigurados por las muecas! Si quieres saber cómo dejar de engendrar dichos monstruos, te lo voy a decir. Es simple y muy difícil a la vez. *Tienes que comenzar por reformar toda la educación que das a tus hijos*, reformar cada una de tus escuelas y cada uno de tus lugares del saber y del poder. Reformarlos para dirigirlos con base en los principios universales (incluso si no eres el único en transgredirlos o hacer caso omiso de ellos): la libertad de conciencia, la democracia, la tolerancia y el derecho ciudadano a la diversidad de visiones del mundo

y creencias, la igualdad de sexos y la emancipación de las mujeres de cualquier tutela masculina, la reflexión y la cultura crítica de lo religioso en las universidades, la literatura y los medios de comunicación. ¡Ya no puedes retroceder, ya no puedes hacer menos que eso! *¡Ya no puedes hacer menos que una completa revolución espiritual!* Es el único medio para no engendrar tales monstruos, y si no lo haces, dentro de poco, serás devastado por su poder de destrucción. Cuando hayas llevado a cabo esa tarea colosal –en lugar de continuar refugiándote una y otra vez en la mala fe y la ceguera voluntaria–, ningún monstruo abyecto podrá venir de nuevo a robarte el rostro.

Querido mundo musulmán...No soy más que un filósofo, y como siempre, algunos dirán que el filósofo es un hereje. Sin embargo, solo busco volver a hacer resplandecer la luz –el nombre que me diste me lo ordena, *Abdennour*: “Servidor de la luz”.

No hubiera sido tan severo en esta carta si no creyera en ti. Como se suele decir en francés: “Quien bien te ama, bien te castiga”. ¡Por el contrario, todos aquellos que hoy no son lo suficientemente severos contigo –que te encuentran siempre excusas, que quieren hacer de ti una víctima o no ven tu responsabilidad en lo que sucede–, todos ellos, en realidad, no te están haciendo ningún favor! ¡Creo en ti, creo en que contribuirás a hacer mañana de nuestro planeta un universo a la vez más humano y más espiritual!

*Salâm*, que la paz esté contigo.

